

EL COMPROMISO ÉTICO DE MOLINA CABALLERO

Con *Medidas cautelares* el poeta alcanza una cima que debe reconocérsele

Antonio Moreno Ayora

José María Molina Caballero
 Medidas cautelares
 Ánfora Nova. Rute, 2021.

Con un goteo continuo de términos y figuras jurídicas (desde el título mismo, *Medidas cautelares*) abrimos el que es ya noveno poemario de José María Molina Caballero, poeta, narrador y editor ampliamente reconocido y poseedor de numerosos premios tanto de ámbito literario (Premio Nacional de Poesía ‘Ciudad de Benicarló 2004) como de ámbito sociocultural (así su Premio Mecenas de la Literatura Andaluza ‘Manuel Altolaguirre’ en 2018). Este de 2021 es un libro conformado por un poema de introito más cuatro partes de 10 composiciones cada una y al fin por el epílogo. Los versos empleados, como ocurría en su anterior obra *Señales subjetivas*, son invariablemente endecasílabos blancos que en algunos casos muestran una dimensión bimembre y siempre una calidad constructiva muy conseguida.

Desde los primeros versos el hablante se dirige a un supuesto oyente (“Mis dedos de ceniza te dibujan”) junto al que va creando una atmósfera de negatividad y de sospecha (“Hoy compites con todos tus recursos / y la derrota espera entre la bruma”). Los poemas, con títulos siempre provenientes del mundo jurídico (como “Testigo protegido”) vienen a ser una confesión del yo lírico que se encuentra atormentado y vacilante en un mundo triste y desgarrado: “Sólo busco un lugar donde aparcar / las tempestades que nos atormentan / en el naufragio de lunas heridas / del mar incombustible de la vida”. Se va creando así una ambientación lúgubre, surrealista y tenebrosa donde con frecuencia los sintagmas aluden a esa irremediable negatividad de que hablamos: “el metal afilado de tus labios” o “en las fosas del miedo que supura”. Precisamente el tercer poema de la primera parte se titula “Los vértices del miedo”.

Con ese bagaje semántico que apunta continuamente a términos léxicos del derecho o de la economía –“Las tarifas caducas de la vida”- se va configurando una red cuyos nudos son la soledad, la falsedad o los sueños. La realidad se muestra caduca, la ilusión no cuenta, los sueños se desvanecen... y lo que se narra en un poema o conjunto de poemas vuelve a recordarse en otros, casi siempre con vocablos que surgen de la desesperanza o el hastío, que se definen con la desconfianza y el miedo, porque “cada vez nos resulta más difícil el pensar en poder pensar un rato”; y así a la altura de la tercera parte (“Terceras medidas”) el poeta parece querer compartir sus pensamientos y zozobras utilizando el pronombre plural *nos*: “nos imponen doctrinas amorales”, “y nos protegen del fuego nocivo”. Sin duda el lector tiene muy en cuenta el que una

oración se repita varias veces en la misma composición: “A las doce de la noche se acaba” lo hayamos repetido en sendas estrofas en los versos que las abren en el poema “Memorándum”. Luego, como muestra de que un poema puede construirse con un solo enunciado tenemos los seis primeros versos de “El susurro incierto del olvido”. Y desde el punto de vista semántico suele ocurrir que un sustantivo se alargue con un complemento del nombre o con una proposición adjetiva con el mismo valor negativo que otros.

El libro va avanzando mientras presenta una incursión en el tiempo pasado que enfrenta las pesadillas “a la dureza de la soledad / y a las sentencias del miedo perenne”. Claramente se apela a modificar costumbres y conductas del pasado, con la duda de que “Quizás tú sombras logren recobrar / el color vertical de la esperanza”. En esta línea, títulos como “Los pozos de la memoria” o “La ruta del caracol” son una vuelta de tuerca más para situarse en la memoria, en la infancia y en la destrucción de los sueños más perseguidos. Solo dos versos pueden resumir toda la desesperanza y sus desengaños: “Los designios de la derrota forjan / el engaño que nos brinda la vida”, a la que se recurre preguntando por el sentido de la existencia.

Este libro de Molina Caballero hace hincapié en el destino del hombre, cuyos desvelos y errores no esconde sino que los presenta una y otra vez para buscar las claves del tiempo y la memoria. Hay una lucha continua del hombre para identificar cuanto le mortifica y lo sostiene en su análisis filosófico. Y prueba de ese carácter analítico es la frecuente y citada utilización de complementos largos encadenados por preposición o mediante la subordinación adjetiva: “Los ecos de tu voz rota resuenan...”. Si en un poema se repite la palabra “pesadumbre” -en uno incluso en el titular-, en el remate de otro se asegura como epitafio qué “Sólo nos queda el aire que alimenta / la luz incierta de nuestra existencia”, lo que de otro modo se afirma también en los versos que como epílogo cierran el libro: “La vida pende de un hilo delgado / que nos nutre, nos guía y nos devora”. Estamos ante un libro que da fe de los vaivenes de la vida, de la pesadumbre que nos ataca, del dolor y la nostalgia, en fin, ante un poemario que ofrece “-como ha declarado su autor- una innegable “carga filosófica fundamentada en la introspección y en la reflexión profunda que atañe a nuestra condición humana, con sus triunfos y sus virtudes pero, también, con sus naufragios, sus debilidades y sus permanentes contradicciones”. Si, como están precisando las primeras observaciones críticas sobre el libro, este representa “el culmen de una trayectoria” lírica personal, en ella se ha ido fraguando tanto un valor estético que afecta a la dicción y al sentido metafórico como al valor ético al que remiten la reflexión y el continuo simbolismo existencial.